



LA MISERICORDIA

Madre María Eugenia, 26 octubre 1879

Queridas hijas,

Al escuchar la lectura del Capítulo sobre la caridad en las Constituciones, me ha venido con frecuencia el deseo de explicaros qué es la misericordia de Jesús y María, misericordia que debe ser también la nuestra puesto que se nos dice que tenemos que mostrarnos como verdaderas discípulas y esposas del Salvador y verdaderas hijas de la Virgen clemente y misericordiosa.

Es algo tan sencillo que quizá me diréis: «¿Para qué explicarlo?» Sin embargo, el mundo tiene ideas tan falsas de la misericordia, y al entrar en la vida religiosa se traen a veces ideas tan poco exactas sobre este tema, que es bueno expresar de una vez para siempre lo que verdaderamente es. Lo que es realmente se encuentra en Nuestro Señor y en la Santísima Virgen.

La gloria de Dios, su servicio, su amor, es lo que domina siempre en los pensamientos, las palabras, las acciones de Nuestro Señor. Su santa Madre, más que todos los ángeles, vivía para la gloria de Dios. Todo en sus afectos, en sus pensamientos, en sus sentimientos, todo se orientaba a la gloria de Dios. Nosotros, a su ejemplo, la gloria de Dios tiene que ser lo primero en nuestra vida.

¿Podemos ser misericordiosos por la menor cosa que ofenda a Dios? No, ninguna indulgencia, ninguna misericordia es posible cuando se ofende a Dios, por vicio. Es lo que el Señor nos enseña en el Evangelio. Nunca es misericordioso con el pecado, ni puede serlo, por el pecado que subsiste, por la ofensa a Dios que permanece. A la Virgen, plenamente misericordiosa, clemente. le horroriza toda ofensa a Dios por pequeña que sea.

¿Qué es lo propio de la misericordia, si no puede, incluso en Jesús y en María, soportar ningún pecado, ninguna ofensa, ninguna desobediencia de la ley de Dios? Se trata de intentar apartar a la persona del pecado, tener un amor tan grande hacia las personas que haga surgir en ellas un profundo rechazo de los vicios. San Agustín nos lo dice en nuestra Regla, a propósito de las correcciones y advertencias.

María es muy compasiva y misericordiosa, porque no abandona nunca al pecador, sino que con amor maternal lo acompaña para intentar apartarlo del pecado y conducirlo de nuevo a un estado en el que vuelva a buscar la gloria de Dios. Bajaría de su trono de pureza y de luz si hubiera en ella la menor indulgencia por el pecado.

Todo, en la misericordia, en la compasión, en la caridad, consiste por tanto en amar a las personas para ayudarles a entrar por los caminos que conducen a dar gloria a Dios, o para mantenerlas en esos caminos.

Creo haberos dicho que cuando se busca la gloria de Dios, se busca también el bien de los otros. No hay nada mejor que procurar ante todo la gloria y el honor de Dios.

Lo que tenemos que buscar ante todo es la santificación de las almas. Ahí está lo que nos separa del mundo. Se oye decir a veces: ¿Porqué no se es más compasivo por esta pobre alma que está en pecado? Se habla así porque no se comprende lo que es la misericordia para nuestro Señor y la Virgen. Consiste, no en pactar con el pecado, sino alejarse de él.

Añadiría que la misericordia produce un gran efecto: toda falta de la que uno se arrepiente de la que se sabe perdonado, no está solamente olvidada sino borrada. El olvido de las faltas es algo que nos pide la Santísima Virgen. El recuerdo de las faltas de los otros, sean hacia Dios o hacia nosotros mismos, sean públicas o escondidas, este recuerdo me parece detestable. La caridad quiere que amemos a los otros para ayudarles a salir de cualquier tipo de imperfección, que le sigamos como lo hacía la Virgen con un gran amor de corazón, que pongamos en ello todo nuestro celo, la autoridad, incluso la severidad si tenemos una responsabilidad.

Cuando esta falta, esta imperfección ya no existe, cuando nos hemos arrepentido de ella, se está ya en el camino que conduce al servicio y a la gloria de Dios, y Dios, la misericordia perfecta, nos cura, olvida, tira al fondo del mar todas las faltas pasadas.

No es solamente en el Nuevo Testamento sino también en el Antiguo donde encontramos estas palabras tan llenas de misericordia: *Aunque vuestros pecados sean como escarlata quedarán blancos como la nieve*¹. *Una vez más, ¡Ten piedad de nosotros! Tira al fondo del mar todos nuestros pecados.*² Esta es la verdadera misericordia, la que borra, la que quita toda huella de todo aquellos que ha desaparecido ante Dios. En esto tenemos que tener los sentimientos de Dios y los de la Virgen.

Si por una parte vemos en el Evangelio que Jesús habló muy dura y severamente a los que permanecían en el orgullo y en la dureza de corazón, vemos también que su corazón está abierto a los mayores pecadores cuando se convierten. La

¹ Isaías 1,18

² Miqueas 7,19

grandeza de la falta no es la verdadera cuestión con Dios, y no debe serlo con nosotros. El problema está en el grado en el que la persona rechaza y detesta su falta. Esta persona cuyo pecado es mayor, pero que ha salido perfectamente de él, está más cerca del corazón de Dios que aquella cuyo pecado es menor pero que permanece en él.

La gran cuestión es el grado de separación, de horror al pecado que habita en el alma. Ante esto debemos entrar en los mismos sentimientos de Dios. Allí donde vemos un alma que ha abandonado lo imperfecto y que va derecha a Dios, tenemos que tener un amor extremo, una gran simpatía, una gran bondad y una gran alegría porque nuestro Señor y la Santísima Virgen se alegran de ello.

Lo que he dicho con relación a los otros, lo diría también con relación a nosotras mismas. ¿Hay algo de mayor consuelo y mejor para mantenernos en el camino de la perfección que esta noción de misericordia en Jesús y en María?

La Virgen no abandona nunca el alma del pecador. Sigue dándole, tanto como le es posible, las luces y las inspiraciones de la gracia. La Virgen detiene el brazo de Dios y su justicia para que, si es posible, llegue la conversión. En segundo lugar, la Virgen, siempre misericordiosa, después de habernos dado los medios para abandonar el pecado, nos ayuda a corregir nuestros defectos.

Cada una tiene defectos: en una es la impaciencia, en otras, el orgullo, la pereza, la necesidad de sobresalir. Pero detestamos nuestros defectos cuando nos levantamos de nuestras caídas. La Virgen está siempre dispuesta a recibirnos, y es una gran alegría poder refugiarse junto a Jesús y junto a ella.

Es también muy consolador vivir con personas que ven las cosas de la misma manera que nosotros, no porque les gusten los pecados y los vicios, sean los que sean, sino para amar al prójimo con una verdadera caridad. Y si llega a salir del pecado, participa en la alegría de Jesús y de María de tal modo que la imperfección del año precedente quede como algo que yace en el fondo del mar, que ya no existe para nosotros, porque el alma que se había manchado con la falta está adornada de la púrpura del Cordero, y ha recobrado toda su belleza en la sangre de nuestro Señor Jesucristo.
